

EL CAMINO DE LA CERÁMICA DE CATERINA ROMA

De formación autodidacta, Caterina Roma ha crecido como ceramista de forma autónoma y ha conseguido abrirse camino con una trayectoria singular, a la vez que sólida, que la convierte en una de las voces más atractivas de la cerámica de artista actual en Cataluña. Sus obras muestran cómo la tradición cerámica japonesa ha sido una fuente de inspiración de primer orden.

Caterina Roma ha encontrado en la cerámica su camino de crecimiento personal y, con él, un camino de maduración como ceramista y como artista capaz de convertir, por sí misma y sin artificio alguno, la tierra salvaje en piezas exquisitas. Nacida en Lleida y formada en Barcelona en filología semítica y literatura comparada, Roma tiene unas bases intelectuales sólidas sobre las que ha construido su mirada al mundo y mediante las cuales decidió acercarse al mundo de la cerámica de un modo intuitivo, aunque plenamente ambicioso. En 2011 decidió dedicarse de lleno a ella, convirtiéndola en su prioridad y en su *modus vivendi*, a fin de investigar y encontrar un camino de realización y crecimiento personal. Fue entonces cuando instaló un pequeño taller en una casa del Putxet, el mismo barrio que tras la guerra acogió al ceramista Llorens Artigas.

Sin embargo, fue durante una estancia en 2012 en Japón cuando descubrió el atractivo de trabajar con hornos de leña a alta temperatura. En Kishiwada, cerca de Osaka, entró en contacto con ceramistas japoneses como Katsu Kikuchi, Asakura Keiya y Koyama Hiroshi, y descubrió los hornos de Fugengama (Osaka), donde sus bellas cerámicas nacen tras días de coc-



ción sin esmaltes. Las cerámicas de Fugengama, junto con las de Shigaraki, sedujeron a la joven creadora por su capacidad expresiva, por cómo el contacto con el fuego, el humo y la ceniza incandescente eran capaces de producir sorprendentes texturas y colores y, de un modo natural, transformaban las formas crudas en cerámicas llenas de vida. Fue especialmente importante el contacto con Katsu Kikuchi, ceramista japonés que tras cinco años en la escuela Groc de

Barcelona y en la escuela de La Bisbal de l'Empordà, descubrió la importancia de la tradición ceramista de su país y decidió formarse con el reputado ceramista Jinen Nakagawa, de Karatsu (prefectura de Saga en la Isla de Kyushu). Kikuchi transmitió a Roma algunas de sus enseñanzas, como el valor de conseguir por uno mismo la arcilla para sus cerámicas a partir de la búsqueda, la investigación continua y las pruebas realizadas recogiendo arcillas en el monte

no recoges tu propia tierra no serás una auténtica ceramista capaz de crear tu propia expresión" le decía Kikuchi a Roma.

Tras regresar de Japón, Caterina Roma empezó un nuevo camino, más arduo, más austero y duro, pero que al fin tendría su recompensa. Empezó a probar tierras y arcillas, barros propios para encontrar una base propia con la que identificarse y que le pudiera ofrecer la expresión que buscaba para unas cerámicas que quería que constituyeran un diálogo sincero de ella misma con la naturaleza y con la cultura. Trabajaba aun con horno eléctrico pero poco tiempo más tarde, atrapada por la poética inigualable de la pátina que conseguían los hornos de leña, que también había podido conocer en los talleres del ceramista Artigas, en Gallifa (Barcelona), aprovechó una estancia en China, donde se celebraba un congreso de editores de revistas de cerámica, para ponerse en contacto con los editores de *The Log Book*, revista dedicada a las cerámicas cocidas con leña. Ellos, Robert Sanderson y Coll Minogue, fueron quienes le propusieron crear un horno de leña en Sanglas, lugar situado en el término de Rupit (Barcelona), el año 2014. Este horno, construido en medio de la nada, o más bien en medio del esplendor natural más virgen, es el que desde entonces ha utilizado Roma para crear sus cerámicas de tierras salvajes cocidas a 1280-1330 grados, tras un intenso trabajo de práctica, prueba e investigación. El objetivo era claro: conseguir que las piezas surgieran por sí solas de la naturaleza siguiendo ese dicho de Flaubert: "quería escribir un libro sobre la nada que se expresara por sí solo".

Tras dos años de obras, en enero de 2020, Roma se instaló en Ca l'Humà, una bella casa del siglo XVIII



en Púbol (Girona) situada al lado del Castell Gala Dalí, donde ha abierto un taller y galería exquisitos para exponer y vender sus piezas. Allí es donde se puede descubrir cómo, tras años de búsqueda, y en paralelo a la creación de cerámicas y servicios de mesa para el mundo de la restauración bajo la marca TREPAT, Roma ha conseguido encontrar la personalidad como ceramista con unas obras eminentemente mediterráneas pero que muestran el influjo y el respeto por lo japonés, sea tanto mediante las técnicas de cocción como en los resultados, que recuerdan los modelos de Shigaraki y de Iga. El reflejo japonés aparece de múltiples formas y una de las más evidentes es una extensa serie de cerámicas rotas durante las cocciones que fueron reparadas posteriormente con *kintsugi*, técnica

que la ceramista aprendió en Osaka en 2012, a través de Katsu Kikuchi y que fueron presentadas el verano de 2022 en su galería. Las reparaciones con laca dorada características del *kintsugi* aparecen como cicatrices del pasado en la búsqueda del paso de la belleza a lo sublime que Burke describía; cicatrices que convierten la muerte de las cerámicas rotas en una esperanza de vida, de una vida si cabe más llena. Dichas marcas, como las que dejan también las conchas en la cocción, las llamaradas y las lágrimas de esmalte natural, o bien el espíritu de cotidianidad para acercar la belleza de la cerámica a la vida diaria, hacen de la obra de Caterina Roma un canto a la vida y a la lucha consigo misma para encontrar su camino. En este caso, el camino de la propia cerámica. =